

***La muerte,
la esperanza,
la fe***





**La muerte,
la esperanza,
la fe**

La muerte, la esperanza, la fe



Colección Celebrar
Serie Fiesta, 12

Centre de Pastoral
Litúrgica
Rivadeneira 6,7.
08002 Barcelona

Títulos publicados de esta serie

1. Nuestra boda
2. Mi confirmación
3. El bautizo de nuestro hijo
4. Mi primera comunión
5. 20 historias vivas de la Biblia
6. Rezar con Jesús
7. ¿Quién es Jesús?
8. Éxodo, la larga marcha
9. La Iglesia. El hogar de los cristianos
10. Santa María, Madre de Dios
11. Al llegar a la vejez
12. La muerte, la esperanza, la fe

Preparado por Josep Lligadas

Diseño de Cecili Túnica

Dibujos de Mercè Gallifa

1ª edición: septiembre de 2008

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica, Rivadeneyra 6,7. 08002 Barcelona.

Tel.: 93 302 22 35. E-mail: cpl@cpl.es

ISBN: 978-84-9805-302-9

D.L.: B-XXXX-2008

Imprenta: TGA

La muerte de las personas que tenemos cerca
se nos lleva un pedazo de nosotros mismos.
La muerte nos rompe.
Da igual que sea la muerte de alguien ya mayor
que ha podido vivir una larga vida,
o la muerte ya tristemente esperada de un enfermo,
o la súbita muerte que agrede de repente,
sin avisar.
Siempre, cuando muere alguien cercano,
alguien a quien amamos,
perdemos un pedazo de nuestra vida misma.

Ninguno, ninguna, de nosotros vivimos solos.
Nuestra vida está hecha también
de la vida de los demás.
Gracias a los demás, más cercanos o más lejanos,
somos lo que somos,
y sin ellos muy poca cosa seríamos;
sobre todo, gracias a los que tenemos más cerca,
aquellos con quien más hemos compartido,
aquellos a quien más hemos querido.
Ellos forman parte de nosotros.
Y esto es una gran alegría,
que debemos saber aprovechar
tanto como seamos capaces,
todos los días de nuestra existencia.
Pero esto es también un gran dolor, un gran vacío,
cuando la muerte
se nos lleva a alguien a quien queremos.

Y nos preguntamos:
¿Qué vamos a hacer,
cómo podemos vivir esta realidad tan dolorosa?

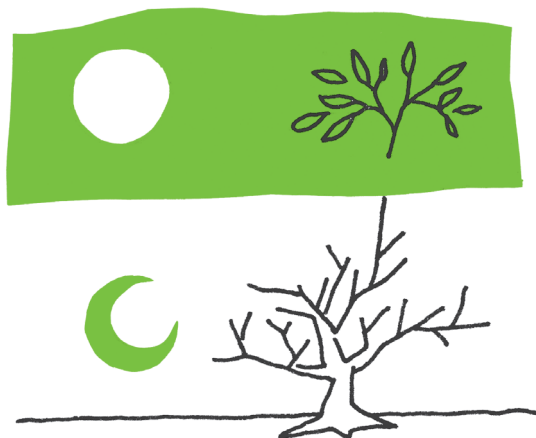
¿Qué es la vida eterna?

Nosotros creemos que el último horizonte de la vida humana no es la muerte, no es la nada. Sino que es encontrarse con Dios, con la Vida plena de Dios, con su Amor sin fronteras.

Nosotros creemos que el camino de Jesús, la fidelidad de Jesús al amor de Dios hasta morir en una cruz, no quedó truncado con la muerte. Más allá de la muerte, Jesús vive para siempre, en la vida nueva de la resurrección, que es la vida de Dios. Y como él, nosotros también esperamos vivir esta vida.

Pero también hay que decir que eso que tanto esperamos no sabemos cómo será. Ya a san Pablo le preguntaban los cristianos de Corinto cómo sería la vida de la resurrección, y él escribía: “Se siembra lo corruptible, resucita incorruptible; se siembra lo miserable, resucita glorioso; se siembra lo débil, resucita fuerte; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual...” (1Corintios 15,42-44). Y termina entusiasmado: “Cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces de cumplirá la palabra escrita: La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria?” (1Corintios 15,54-55).

Ya se ve en este texto que san Pablo, como nosotros, no tenía una idea muy clara de en qué consistirá exactamente la vida de la resurrección, la vida eterna. Lo único que dice es que será nuestra misma persona quien continuará viviendo, pero en una vida diferente de la vida actual, y sin corrupción ni muerte. Ciertamente, no vale la pena que queramos saber más. La vida eterna es entrar cada uno de nosotros en la vida de Dios, que quiere decir una vida toda llena de su amor, y en la que, por



tanto, todas las rupturas personales y todos los males y las injusticias que vemos y que sufrimos en este mundo quedarán superadas. Dios, en definitiva, es el realizador de la igualdad y la fraternidad, y en esto consiste su Reino eterno.

Y para acabar, quizás valdrá la pena resaltar un aspecto concreto de lo que acabamos de decir. Y es que, realmente, será nuestra misma persona la que continuará viviendo en la vida eterna de Dios. Y vale la pena resaltarlo para diferenciar lo que creemos los cristianos respecto a lo que creen o plantean otras religiones y otras visiones del mundo. Concretamente, para diferenciarlo de la reencarnación.

La creencia en la reencarnación, en efecto, afirma que el alma, al separarse del cuerpo a raíz de la muerte, va al cuerpo de otro ser, que puede ser una persona, un animal o incluso un vegetal; este traspaso es en función de su comportamiento en esta vida, de modo que el alma puede ser retribuida con una encarnación más noble, o puede ser sometida a purificación pasando a un ser inferior.

En cambio, nosotros creemos que es la misma persona la que es llamada a vivir por siempre con Dios, sin dejar de ser ella misma. Nosotros tenemos nuestro punto de referencia en Jesucristo, que ha llevado su condición humana, con toda su riqueza, a vivir la vida de Dios por siempre.